

Santiago Echeverry

Del video arte al carmín y al digital

Oswaldo Osorio

Históricamente el video arte en su configuración ha tendido a ser poético, conceptual y formalista. Su filiación ideológica o compromiso con alguna causa ha sido parcial y relativamente reciente. No obstante, Santiago Echeverry no solo tiene una de las obras más amplias y constantes del video arte nacional, sino que su trabajo siempre ha estado marcado por el activismo en la lucha por los derechos de la comunidad LGTB, así como por su preocupación por la conflictiva realidad del país.

Junto a nombres como los de José Alejandro Restrepo, Omaira Abadía, Andrés Burbano, Mario Opazo, Miguel Urrutia y Ana Claudia Múnera, hace parte de la segunda generación de video artistas colombianos. Fueron los que llegaron después de los pioneros, en los años noventa. Es una generación formada en las facultades de arte, comunicación o cine que eligió al video como su predilecta forma de expresión, entre otras cosas, porque para entonces este medio empezaba a tener más accesibilidad, así como una mayor aceptación en el contexto artístico.

Santiago Echeverry estudió Cine y Televisión en la Universidad Nacional y desde entonces trabajó creativamente el video, la performance y las tecnologías digitales. Sin abandonar nunca la producción de video arte, luego de hacer una maestría en Telecomunicaciones Interactivas en la Universidad de Nueva York, se especializó en producción y programación de sitios web, actividades que combina con la docencia y la investigación.

Su obra temprana, como lo dictaba la dinámica del video arte nacional, empezó con videos monocal (grabaciones para ser proyectadas o exhibidas en un monitor), sugerentes piezas protagonizadas por él mismo en las que asume con irreverencia y sin inhibición alguna su identidad sexual. A partir de los recursos del video arte y el discurso experimental aborda cuestiones sobre la diversidad de género, manteniendo un equilibrio entre la carga ideológica y la expresividad del medio.

Obras como *Asfixia* (1992), *Anoche mataron un travesti* (1993) o *Lecciones de amor* (1995) se constituyen en referentes tanto de la militancia por la diversidad de género como del uso de los distintos recursos propios del video arte. En *Asfixia* el mismo Echeverry intenta ponerse un condón en su cabeza, creando una potente metáfora del tabú que aún se cernía sobre este objeto y también del acecho del SIDA en la comunidad homosexual. Mientras que en *Anoche mataron un travesti* unía, en un acusador discurso sobre la exclusión institucional, el problema de las drogas, la comunidad LGBT y los "desechables" habitantes de la calle. Y en *Lecciones de amor*, a una entrevista en la que un Defensor del pueblo trata de anormales a los homosexuales, contrapone un juego de imágenes, texto y música que comentan estética y políticamente aquel discurso de intolerancia oficial.

El origen y talante de su obra queda claramente expresado cuando afirma: "Yo crecí en Bogotá, una ciudad donde la mafia explotaba edificios y asesinaba a las personas con sus drogas y bombas, el SIDA estaba matando a mis amigos y escuadrones de la muerte estaban amenazando mi vida por ser abiertamente gay. En lugar de ocultarme, me convertí en un artista de nuevos medios promoviendo el cambio muy visible en mi entorno a través del video arte, documentales, espectáculos y el activismo político."

En este propósito creativo y comprometido, además de los recursos del video, la herramienta que más ha utilizado es su propio cuerpo y su imagen. Bien sea personificando a Patty E. Patétik, como Eduardo o en cualquiera de sus transformaciones, Santiago Echeverry apela a un avatar con vestido o a su alter ego pelón y de carmín en los labios para fusionar transformismo con performance. Ya sea corriendo por las calles de Bogotá con un largo traje blanco y ensangrentado (*Letal*, 2003) o en un sugerente dúo consigo mismo, encorbatado y travestido al tiempo (*Lover man*, 2000), es posible rastrear en su obra las sombras, miedos, deseos y proyecciones de su ser como artista, homosexual, colombiano y explorador incesante de las nuevas tecnologías.

Desde el año 2003 reside en Estados Unidos y se desempeña como profesor y creador de páginas web. Vivir allí y el contacto con las nuevas generaciones y el internet ha llevado a que su obra tome otros rumbos y explore nuevas posibilidades de la imagen y la tecnología. Aunque sigue manteniendo contacto con Colombia (es profesor visitante de la Universidad de los Andes), ya la realidad nacional está menos presente en sus trabajos. En lo que sí

insiste con la misma decisión y contundencia es en su activismo en favor de la comunidad LGBT. Si bien las cosas han cambiado mucho desde aquellos primeros trabajos cuando, hace ya más de dos décadas, por primera vez aparecía en un video la bandera gay, un hombre travestido o la palabra marica, aún la intolerancia y la discriminación es una realidad para esta comunidad. Lo es en Colombia y en países como Estados Unidos, Uganda y Rusia, como lo denuncia Echeverry en *Edwardo* (2010), un video cargado de simbolismo e irreverencia.

Decía Arlindo Machado que el arte siempre ha sido creado con la tecnología de su tiempo, y si hace unas décadas esa tecnología era el video, en los últimos años lo sigue siendo, pero potenciado con las virtudes y recursos de la imagen digital, así como por la infinita plataforma de producción y difusión que es el internet. A Santiago Echeverry le interesa ese recorrido del video y su nuevo contexto, por eso pone a dialogar las imágenes de baja y alta resolución, experimenta con las posibilidades del pixel, las webcams y los sensores Kinect (lectores de movimiento que "traducen" al digital las imágenes). Y con este arsenal tecnológico este prolífico e inquieto artista e investigador sigue creando videos, fotografías, mapping, animaciones y narraciones interactivas, pero sin dejarse embelesar por los aparatos, siempre enfocado en su causa y en su arte.

*Publicado el 10 de mayo de 2015 en Generación del periódico El Colombiano de Medellín.*